

CAPITULO OCHO

(Tomado del libro "El día que Jesús el Cristo murió.")

El Significado del Lavado de Pies

Por

Fred R. Coulter

www.iglesiadedioscristianaybiblica.org

Nota: Todas las Escrituras han sido traducidas de *The Holy Bible In Its Original Order (La Santa Biblia en Su orden Original)*, segunda edición.

El Evangelio de Juan muestra que la observancia de la Pascua Cristiana incluye la ordenanza del lavado de pies. Jesucristo instituyó el lavado de los pies antes de instituir el pan y el vino como los símbolos de Su cuerpo y Su sangre. Así como Jesús nos ordena participar del pan y del vino, entonces Él nos ordena participar del lavado de pies. La ceremonia del lavado de pies es esencial para entender nuestra relación con Jesucristo y con otros cristianos bajo el Nuevo Pacto. Podemos aprender muchas lecciones de esta simple pero profunda ceremonia.

En los días anteriores a la última Pascua de Jesús, el espíritu de competencia y auto exaltación estaba despertado entre los discípulos, causando contienda sobre quien sería el más grande. La madre de Juan y Santiago se puso a sí misma en la mitad de este argumento. Ella personalmente pidió a Jesús que le otorgara a sus hijos las sillas a Su mano derecha e izquierda en Su reino (Mateo 20:20-23). Tras reprobar a Santiago y Juan por buscar exaltarse a sí mismos sobre sus hermanos, Jesús enseñó a Sus discípulos una lección vital de humildad:

"Y después de escuchar *esto*, los diez estuvieron indignados contra los dos hermanos. Pero Jesús los llamó y dijo, "Ustedes saben que los gobernantes de las naciones ejercen señorío sobre ellas, y los grandes ejercen autoridad sobre ellas. Sin embargo, no será de esta forma entre ustedes; sino cualquiera que llegue a ser grande entre ustedes, sea su siervo; y cualquiera que esté primero entre ustedes, sea su esclavo; así como el Hijo de hombre no vino a ser servido, sino a servir, y a dar Su vida *como un rescate para muchos*." " (Mateo 20:24-28).

En Su última Pascua, Jesús enseñó esta lección de humildad y servicio asumiendo una de las tareas más bajas de un esclavo y lavando los pies de Sus discípulos. Este acto de servicio humilde reveló el amor y humildad de Dios mismo. Ya que este servicio era desempeñado comúnmente por siervos, Pedro protestó cuando Jesús comenzó a lavar sus pies y fuertemente declaró que nunca lo permitiría. "...Jesús le respondió. "Si no te lavo, no tienes parte conmigo." Simón Pedro le dijo, "Señor, no sólo mis pies, sino también *mis* manos y *mi* cabeza." Jesús le dijo, "Aquel que ha sido lavado no necesita lavarse *ninguna otra cosa* sino los pies, pues está completamente limpio; y ustedes están limpios, pero no todos." Porque sabía quién

estaba traicionándolo; esta fue la razón por la que Él dijo, “No todos ustedes están limpios.” ” (Juan 13:8-11).

Las palabras siguientes que Jesús habló claramente revelan Su voluntad concerniente al lavado de los pies: “Por tanto, cuando Él les había lavado los pies, y había tomado Sus vestidos, y se había sentado nuevamente, les dijo, **“¿Sabén lo que les he hecho? Ustedes me llaman el Maestro y el Señor, y dicen correctamente, porque lo soy. Por tanto, si Yo, el Señor y el Maestro, he lavado sus pies, ustedes también están obligados a lavarse los pies los unos a los otros; porque les he dado un ejemplo, para mostrarles que también deberían hacer exactamente como Yo les he hecho.**

“Verdaderamente, verdaderamente les digo, un siervo no es más grande que su señor, ni un mensajero más grande que el que lo envió. Si saben estas cosas, benditos son si las hacen.” ” (versos 12-17).

Jesús ordenó a todos quienes lo profesan como Señor a participar en la ceremonia del lavado de los pies de la Pascua Cristiana. Las palabras que Él le habló a Pedro muestran que nuestra participación es esencial en la relación del Nuevo Pacto.

¿Qué significa tener parte con Jesucristo?

Jesús le dijo a Pedro, **“Si no te lavo, no tienes parte conmigo.”** Estas palabras tienen un significado profundo para cada cristiano. La palabra “parte” es traducida de la palabra griega *meros*, la cual significa “una parte de algo—como un componente, asunto, encalladura, participación, un lugar con alguien” (Arndt & Gingrich, *Un léxico griego-ingles del Nuevo Testamento*).

Tener una parte con Jesucristo significa participar de las bendiciones del Nuevo Pacto, las cuales ofrecen compañerismo con Jesucristo y Dios el Padre en esta vida y la promesa de vida eterna en el Reino de Dios. Durante Su última Pascua, Jesús le prometió a Sus discípulos una recompensa específica en el Reino de Dios: **“Ahora ustedes son los que han continuado Conmigo en Mis tentaciones. Y Yo les asigno, como Mi Padre Me ha asignado, un reino; para que puedan comer y beber en Mi mesa en Mi reino, y puedan sentarse sobre tronos juzgando las doce tribus de Israel.”** ” (Lucas 22:28-30).

Los discípulos entendieron que tener una parte con Jesús significaba reinar con Él en el Reino de Dios. También entendieron que Jesús los había llamado a tener parte en el ministerio de predicar el evangelio durante la era presente. Como Sus apóstoles, ellos serían enviados a las doce tribus de Israel, las cuales estaban dispersas (Santiago 1:1), y a todas las naciones en el mundo (Mateo 24:14). Cuando Judas Iscariote probó ser infiel a su llamado, los once discípulos restantes fueron inspirados por el Espíritu Santo para seleccionar el remplazo de Judas para tener los 12 apóstoles fundadores. La selección de Matías por suertes completó el número (Hechos 1:15-26). Es claro, del libro de Hechos, que Matías recibió una parte en el ministerio de los apóstoles: **“Y ellos oraron, diciendo, “Tú, Señor, el Conocedor de los corazones de todos, muestra cual de estos dos Tú has escogido personalmente para recibir la parte de este ministerio y apostolado,...”** (versos 24-25).

Este registro en el libro de Hechos clarifica el significado de las palabras de Jesús a Pedro durante el lavado de pies. Cuando Jesús le dijo a Pedro que Él debía

lavar sus pies o no tendría parte con Él, Pedro entendió que él estaba en peligro de perder su apostolado. No es de extrañar que Pedro respondiera diciendo, “Señor, no sólo mis pies, sino también *mis* manos y *mi* cabeza.” Pedro pudo haber estado refiriéndose a los requerimientos sacerdotales de lavarse y ducharse antes de servir en el tabernáculo (Éxodo 30:17-21; Levítico 16:1-4).

Después de llegar a ser un apóstol, Pedro reprendió a Simón el Mago, un hechicero en Samaria quien era reverenciado como líder religioso, por intentar comprar un apostolado. La condenación de Pedro a Simón muestra que su corazón malo y codicioso lo descalificaba no solo de un apostolado sino de cualquier parte en el ministerio de Jesucristo: “Pueda tu dinero ser destruido contigo porque pensaste que el regalo de Dios puede ser comprado con dinero. Tú no tienes parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios.” (Hechos 8:20-21).

Tener una parte con Jesucristo no se refiere exclusivamente a servir en el ministerio. El Nuevo Testamento enseña que todo el que pertenece a Jesucristo tiene una parte con Él. Todos los que tienen una parte con Jesucristo ahora, tendrán una parte en la primera resurrección, la cual tendrá lugar a Su regreso. Ellos serán resucitados a inmortalidad y reinarán con Cristo durante el milenio: “Bendito y santo es aquel que tiene parte en la primera resurrección; sobre este la segunda muerte no tiene poder. Sino *que* serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él mil años.” (Apocalipsis 20:6).

La resurrección a inmortalidad al regreso de Jesucristo es la esperanza y meta de cada verdadero Cristiano. Tener una parte en esa resurrección es simbolizado por el acto del bautismo en agua. El apóstol Pablo muestra como el entierro y resurrección simbólico del bautismo lleva a tener una parte en la primera resurrección: “Por tanto, si ustedes han sido levantados [de la tumba acuosa del bautismo] junto con Cristo, busquen las cosas que están arriba [su parte con Cristo], donde Cristo está sentado a *la* mano derecha de Dios. Coloquen su afición sobre las cosas que están arriba, y no sobre las cosas que están sobre la tierra. Porque han muerto [a la naturaleza vieja, como es representado por el bautismo], y sus vidas han sido ocultas junto con Cristo en Dios. Cuando Cristo, *Quien es* nuestra vida, sea manifestado, entonces ustedes también serán manifestados con Él en gloria [su parte eterna con Cristo]” (Colosenses 3:1-4).

Para tener una parte con Jesucristo y compartir Su semejanza por la eternidad, debemos aprender a ser como Él en esta vida. Si compartimos los sufrimientos que Él experimentó, esforzándose para vencer la naturaleza carnal de pecado, también seremos glorificados como los hijos de Dios: “...Al sediento, Yo *le* daré libremente de la fuente del agua de vida. Aquel que venza heredará todas *las* cosas; y Yo seré su Dios, y él será Mi hijo” (Apocalipsis 21:6-7). ¡Que glorioso destino! Aquellos quienes venzan el pecado en la carne recibirán vida eterna como hijos e hijas glorificados de Dios.

Para ser glorificados como los hijos de Dios, debemos amar a Dios con todo nuestro corazón y estar guardando Sus mandamientos. Aquellos que practican romper los mandamientos están mostrando que no aman a Jesucristo y Dios el Padre (Juan 14:15, 23-24; I Juan 5:3). Su desobediencia llevará a una parte en el lago de fuego: “Pero *el* cobarde, e incrédulo, y abominable, y asesinos, y fornicarios, y hechiceros, e idólatras, y todos *los* mentirosos, tendrán su parte en el lago que quema con fuego y

azufre; el cual es *la segunda muerte*.” (Apocalipsis 21:8).

Jesús mismo muestra quien tendrá parte en Su reino: “Y he aquí, Yo vengo prontamente; y Mi recompensa está Conmigo, para hacer a cada uno de acuerdo a como será su obra. Yo soy Alfa y Omega, *el Principio y el Fin*, el Primero y el Último. Benditos *son* aquellos que guardan Sus mandamientos, para poder tener el derecho a *comer del árbol* de vida, y poder entrar por las puertas a la ciudad. Pero excluidos *son los* perros, y hechiceros, y fornicarios, y asesinos, e idolatras, y todo aquel que ame e idee una mentira... Porque Yo conjuntamente testifico a todo el que oiga las palabras de la profecía de este libro, *que* si cualquiera añade a estas cosas, Dios le añadirá las plagas que están escritas en este libro. Y si cualquiera quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de *la vida*, y de la santa ciudad, y de las cosas que están escritas en este libro” (Apocalipsis 22:12-15, 18-19).

Teniendo una parte con Jesucristo requiere una obediencia total y completa—sin variaciones ni excepciones. Por eso es que Jesús le requirió a Pedro participar en el lavado de pies. También por eso es que Jesús no lavó las manos ni la cabeza de Pedro, como Pedro requirió. Jesús lavó solo sus pies.

Como Pedro aprendió a someterse a Jesucristo, así nosotros debemos aprender. Debemos aprender a seguirlo, ajustando nuestras vidas a Su enseñanza y Su camino, para tener una parte con Él. No podemos agregar o tomar de lo que Jesús ordenó. La orden de Jesús de lavarse uno a los otros los pies durante la Pascua Cristiana no es excepción. Aun si lo consideramos el menor de sus mandatos, estamos requeridos a obedecer Sus palabras y seguir Su ejemplo.

Lavado de Pies y Bautismo

Cuando examinamos las palabras que Jesús habló concerniente al lavado de pies, encontramos una referencia directa a la limpieza espiritual que tiene lugar cuando creyentes arrepentidos son bautizados. Jesús le dijo a Pedro: “**Jesús le dijo, “Aquel que ha sido lavado no necesita lavarse ninguna otra cosa sino los pies”**” (Juan 13:10). La frase “ha sido lavado” es traducida de la palabra griega *louoo*, la cual significa “lavar, como una norma todo el cuerpo; tomar una tina, lavados religiosos...con alusión a la limpieza de todo el cuerpo en el bautismo” (Arndt & Gingrich, *Un léxico griego – ingles del Nuevo Testamento*). Otros usos de la palabra *louoo* en el Nuevo Testamento muestran que Jesús no se estaba refiriendo a lavarse como en una tina, sino al lavado del bautismo. Esta misma palabra es usada por el apóstol Pablo en Hebreos 10: “**Aproximémonos a Dios con verdadero corazón, con completa convicción de fe, habiendo sido purificados [santificados por la sangre de Cristo] nuestros corazones de una conciencia maligna, y nuestros cuerpos habiendo sido lavados [louoo] con agua pura.**” (Hebreos 10:22). Las palabras de Pablo a Tito no dejan duda que él se está refiriendo al lavado del bautismo, el cual trae limpieza espiritual: “...de acuerdo a Su misericordia Él nos salvó, a través *del lavado de regeneración y la renovación del Espíritu Santo*” (Tito 3:5).

El apóstol Pedro muestra que el bautismo en el nombre de Jesucristo es un requerimiento para recibir el regalo del Espíritu Santo. En el día de Pentecostés, Pedro fue inspirado a proclamar, “**Arrepiéntanse y sean bautizados cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para la remisión de pecados, y ustedes mismos**

recibirán el regalo del Espíritu Santo” (Hechos 2:38).

Los doce apóstoles, quienes se habían arrepentido y sido bautizados en el día del ministerio de Jesús, fueron los primeros en recibir el Espíritu Santo en el Día de Pentecostés (Hechos 2:1-4). Sus inspiradas predicaciones llevaron a muchos otros a creer y ser bautizados (versos 41-42). Todos estos recibieron el regalo del Espíritu Santo por la imposición de manos, como hicieron otros creyentes que fueron adicionados en los meses siguientes (Hechos 8:15-17). La conversión de Saulo, quien llegó a ser el apóstol Pablo, tuvo lugar durante este tiempo (Hechos 9:1-6). Al testificar de su conversión ante los judíos incrédulos, Pablo repitió las palabras de Ananías, quien impuso sus manos sobre él: “Y él dijo, ‘El Dios de nuestros padres te ha escogido personalmente para saber Su voluntad, y para ver al Justo, y oír la voz de Su boca; porque serás un testigo para Él a todos los hombres de lo que has visto y oído. ¿Y ahora por qué te demoras? Levántate y se bautizado, y lava [louoo] tus pecados, acudiendo al nombre del Señor.’ ” (Hechos 22:14-16).

La palabra “bautizo” es traducida del griego *baptizoo*, que significa “mojar, sumergir, hundir, empapar, fundir” (Arndt & Gingrich, *Un léxico griego-ingles del Nuevo Testamento*). El bautismo requiere completa inmersión en agua porque simboliza el entierro de la vieja naturaleza pecaminosa. Dado que el bautismo representa el entierro del viejo y pecaminoso ser en una tumba acuosa, puede ser comparado al entierro de una persona muerta. Una persona muerta no es enterrada salpicándole un poquito de lodo sobre el cadáver. Los muertos son colocados en tumbas y son cubiertos completamente con tierra. En la misma manera como una persona muerta es ubicada en la tumba y cubierta completamente con tierra, el que es bautizado debe ser cubierto completamente con agua por inmersión.

El creyente que desea ser limpiado del pecado es bautizado en la muerte de Jesucristo, muriendo simbólicamente a la antigua naturaleza de pecado, y levantándose de la tumba acuosa para caminar en novedad de vida, como Pablo explica: “¿O son ustedes ignorantes que nosotros, como tantos que fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en Su muerte? Por tanto, fuimos sepultados con Él a través del bautismo en la muerte [muriendo a la vieja naturaleza]; para que, así como Cristo fue levantado de los muertos por la gloria del Padre, en la misma forma, deberíamos también caminar en novedad de vida.” (Romanos 6:3-4).

Jesucristo pagó el castigo por los pecados de todo ser humano, y Su muerte es aceptada por Dios el Padre en lugar de cada pecador arrepentido que es bautizado. El bautismo es la manifestación externa del arrepentimiento y fe del pecador en el sacrificio de Jesucristo para el perdón de pecados y limpieza del corazón. La limpieza espiritual que tiene lugar en el bautismo libera a cada uno del castigo por el pecado, el cual es la muerte, y lo habilita para recibir el regalo de la vida eterna de Dios el Padre (verso 23).

Cuando un creyente es co-unido en la muerte de Jesucristo en el bautismo, él o ella se está comprometiendo a guardar fielmente los mandamientos de Jesucristo y Dios el Padre, los cuales son las palabras del Nuevo Pacto. Todo el que permanece fiel hasta la muerte será resucitado a vida y gloria eterna.

Para ser resucitado a inmortalidad, debemos continuar caminando en el nuevo camino de vida que comienza en el bautismo. Esta novedad de vida es simbolizada por la ceremonia del lavado de los pies de la Pascua Cristiana. Mientras participamos

en el lavado de pies cada año, estamos renovando nuestro compromiso de caminar en el nuevo camino de vida que Dios ha ordenado para nosotros (Efesios 2:10). Dado que ya hemos sido totalmente lavados por las aguas del bautismo, solo necesitamos lavar nuestros pies como una renovación de nuestro compromiso.

Cuando nos lavamos los unos a los otros los pies como Jesús ordenó, estamos re-dedicándonos nosotros mismos a caminar en el camino de vida de Dios. Mientras buscamos caminar en Su camino, seremos guiados por el Espíritu Santo para resistir los deseos pecaminosos de la carne (Gálatas 5:16). El Espíritu Santo impartirá el amor de Dios y nos motivará a guardar Sus mandamientos: “**Y este es el amor de Dios: que caminemos de acuerdo a Sus mandamientos...**” (II Juan 6). Estaremos aprendiendo a vivir por cada palabra de Dios, la cual es la verdad: “**Porque me regocijé excedidamente en la llegada de los hermanos quienes testificaron de ustedes en la verdad, incluso como están caminando en la verdad. No tengo ningún gozo más grande que estos testimonios que estoy oyendo—que mis hijos están caminando en la verdad.**” (III Juan 3-4). Mientras caminamos en la luz de la Palabra de Dios, la sangre de Jesucristo nos limpiará de todo pecado (I Juan 1:7).

Esta limpieza espiritual, la cual recibimos a través de la sangre del Nuevo Pacto, es simbolizada por la ceremonia de lavado de pies de la Pascua Cristiana. Al participar en el lavado de pies, confirmamos nuestro deseo de permanecer bajo el Nuevo Pacto, y renovamos nuestro compromiso de guardar los mandamientos de Dios y caminar en Su Verdad.

El lavado de pies y la humildad verdadera

Mientras seguimos el ejemplo de Jesucristo al lavarnos unos al otro los pies, también debemos aprender **la lección de humildad que Jesús enseñó a Sus discípulos**: “...el Hijo de hombre no vino a ser servido, sino a servir, y a dar Su vida como un rescate para muchos” (Mateo 20:28). Jesús habló estas palabras unos pocos días antes de Su última Pascua. En la noche de la Pascua, antes que Él fuera traicionado, Él instituyó la ceremonia del lavado de pies. Al lavar los pies de Sus discípulos, Él demostró la actitud de servicio y humildad que Él requiere de todos quienes profesan seguirlo. Cuando Él había terminado de lavar los pies de los discípulos, Él les dijo, “**Ustedes me llaman el Maestro y el Señor, y dicen correctamente, porque lo soy.... Verdaderamente, verdaderamente les digo, un siervo no es más grande que su señor, ni un mensajero más grande que el que lo envió.**” (Juan 13:13, 16).

Esta lección vital de humildad aplica a todo siervo de Jesucristo. Todo quien esté sirviendo a Jesucristo, como un mensajero trayendo la Palabra de Dios, nunca debe exaltarse por encima de los hermanos.

El apóstol Pablo no se exaltó a sí mismo por encima de los hermanos sino que él siguió el ejemplo de Jesucristo y le enseñó a otros a practicar la misma humildad. Pablo escribió, “**Nada sea hecho a través de [motivado por] contienda o vanagloria, sino en humildad, cada uno estimando a los otros sobre sí mismo. Cada uno ocúpese no solo de sus propias cosas, sino que cada uno también considere las cosas de otros. Esté esta mente en ustedes, la cual estuvo también en Cristo Jesús; Quien, aunque existió [pre-existió] en la forma de Dios, no lo consideró robo ser igual con Dios, sino que se vació a Sí mismo [rindiendo Su gloria como Dios], y fue hecho en la**

semejanza de hombres, y tomó la forma de un siervo; Y habiéndose encontrado en *la* forma de hombre, **se humilló a Sí mismo**, y llegó a ser obediente hasta la muerte, incluso *la* muerte de *la* cruz.” (Filipenses 2:3-8).

El apóstol Juan también escribió de la pre-existencia de Jesucristo como Dios (Juan 1:1-3, 14). Juan sabía que Jesús había entregado Su poder, Su gloria y Su inmortalidad para llegar a ser un hombre, hecho en la semejanza de carne humana, para el propósito de llegar a ser el sacrificio perfecto de Dios el Padre para el perdón de pecados—nuestros pecados y los del mundo entero (I Juan 2:2). ¡No puede haber un acto más grande de humildad y servicio que éste!